

El niño y el hogar

Dr. B. LIBER

(Del "The Call Magazine")

Todo el mundo en los días que corren oye y lee mucho acerca de la importancia del aire libre para la salud del cuerpo, pero muy pocas gentes tienen el valor de admitir que la mayor parte de su tiempo lo pasan dentro de casa, aunque esta es en realidad la costumbre de la mayoría de los hombres civilizados de las ciudades y de muchos de los que habitan en el campo. La vida fuera de puertas no es sólo saludable para el bienestar y el debido funcionamiento de los órganos del cuerpo; es también necesaria para el desarrollo de la mente, para la comprensión de las relaciones entre nosotros y el mundo, para la ampliación de nuestras ideas.

Los niños criados en el encierro doméstico, por mucho que hayan aprendido en escuelas y libros, son ignorantes, tienen un estrecho horizonte y se inclinan más que otros al homocentrismo y el egocentrismo. No sólo sufren de anemia sino también de anemia moral, por así decirlo. A los niños de todas las edades les conviene mucho el estar fuera de casa. Aun los nenes están siempre de mejor humor, por el hecho de estar más interesados y divertidos, al aire libre, que entre las cuatro paredes de su casa. Dejemos al niño donde está más feliz. Esto se lo debemos a él.

Las habitaciones y las casas son indispensables, pero si pasamos una parte muy larga del día en ellas, se vuelven nocivas por muchas razones. Las habitaciones de los ricos o de la clase media—llenas generalmente de muebles y cuadros de mal gusto y donde el niño está por lo general sujeto al cuidado de sirviles, esclavizados, o corrompidos sirvientes, inconscientemente rabiosos de su baja posición social y deseosos de vengar en el niño los ultrajes del amo—contienen una atmósfera envenenada y mortífera.

Los cuartos del pobre, repletos de trastos, sucios y feos, son un infierno para el niño, que vive allí en constante contacto con toda clase de adultos—padres, parientes y huéspedes. La calle congestionada de gente, algunas veces lejos del parque, no es el ideal, pero es preferible al cuartito. La sociedad de los otros niños fuera de puertas, aunque no siempre beneficiosa, suele estar muy por encima de la del promedio de los adultos, bien sean éstos los padres o institutrices. Por supuesto, si se fuera a escoger entre estas dos últimas clases de educadores, es claro que los

peores padres son casi siempre mejor que la generalidad de las institutrices alquiladas.

Y como, aun bajo las mejores circunstancias, hay muchos momentos, muchos días, en que los niños se ven forzados a quedarse en casa, debe proporcionárseles un cuarto propio, su propio cuarto de entretenimiento y juego. Naturalmente que esto apenas es posible jamás en familias pobres, pero familias de obreros mejor situados o de pequeños burgueses que podrían proporcionarse este lujo necesario, lo descuidan generalmente, por considerar al niño como un suplemento de la población adulta de la casa, al extremo de que cualquier cuarto, la cocina o la alcoba, se estima bueno para él. No se debe negar a los niños siempre que sea factible la ventaja de tener su propio cuarto donde queden en libertad de hacer lo que se les antoje. Y cuando esto no se puede, los adultos deben ser indulgentes con el niño, quien teniendo que jugar en todos los cuartos, no puede sustraerse a lo que se llama «echar a perder» algunas cosas, resultando siempre en mayor o menor grado lo que se llama «travieso», pues esto no es culpa suya. Si no le podéis dar un cuarto para sí, al menos no le confinéis en la cocina, o en algún obscuro, insano y lúgubre cuarto de dormir. (De esta clase de cuartos todo el mundo debiera verse libre).

Abra le su sala al niño y no la deje cerrada y esmeradamente arreglada para esperar unas visitas que pocas veces se presentan. El cuarto del niño debe ser brillante, soleado, ventilado, sencillo; sin ornamentos, sin innóviles sillas y mesas, para dar lugar a que el niño lo decore o cambie su forma interior de acuerdo con sus necesidades y gustos. Mientras menos intervengan en esto los adultos, más ventajoso será para el niño. El adulto debe ser espectador, mirando con la mayor restricción, y acudiendo sólo en caso de algún peligro inminente y serio. Procurad que los niños tengan juguetes u objetos grandes para su entretenimiento, no pequeños, que requieren demasiada atención y dañan la vista e irritan el sistema nervioso.

No olvideis que el niño toma muy en serio todo cuanto hace; que lo que a vosotros, que no recordáis los detalles de vuestra propia infancia, os parece fútil o ridículo, es extraordinariamente vital para él. Lo que vosotros llamáis juego es para él trabajo, o

por lo menos función. Su imaginación es rica y flexible. Por lo tanto no es asombréis, por ejemplo, de que una silla se convierta en locomotora. No le acuséis de embustero por esa razón. La silla es una locomotora para él con toda seriedad. El niño prefiere un objeto real a un juguete especialmente hecho para imitar un objeto o una persona. Dadle todas las cosas de este género que podáis; muchas veces algún material fuera de uso es regalo mejor para él que un juguete costoso. Un reloj viejo, o algún instrumento o utensilio real por el estilo, le hace feliz. Y la razón es que él no está jugando, sino trabajando, haciendo cosas.

Los chicos demasiado jóvenes que todavía conservan el hábito de llevarse todo a la boca, no deben coger nunca nada que pueda resultarles dañoso. Pero es fácil lidiar con ellos en esto respecto, porque a esa edad rara vez tienen preferencias. Las madres no deben olvidar nunca que las cosas de comer, pedazos de pan, frutas, etc., no son juguetes. Evitad el darle pitos al niño, pues su uso está generalmente expuesto a promiscuidad y de ese modo a servir de vehículo a enfermedades. Si ocurriese que un niño más viejo tuviese en su posesión un pito, apresuraos a explicarle el peligro de prestárselo a otros, sean o no sean de vuestra familia. (A propósito de esto, se me ocurre que en ello encontraríais un tema de conversación muy interesante e instructiva para con el niño).

No se enfade si el niño rompe su juguete, pues esto ha debido usted esperarlo. El tiene que ver cómo están hechas las cosas, cómo suenan cuando se tiren o rompen, qué fuerza tiene que usar para destruirlas... y hasta el hecho de que, bajo ciertas circunstancias, las cosas se rompen. La curiosidad es la madre de la ciencia. El niño es un estudiante, un trabajador que está siempre haciendo experimentos. Lo que es para usted ya una historia vieja, para él es nueva y desconocida. ¡Cuántas veces no destruyó usted sus juguetes antes de adquirir su experiencia actual!

No obligue al niño al uso de juguetes viejos de que él está disgustado. Frecuentemente vemos madres que llevan la muñeca del niño o padres que empujan su locomotora, porque el niño, que se cansó de ellas, arrojó lejos de sí tales juguetes. Algunas veces parece como si los padres realmente necesitaran el juguete para ellos, y que, si tratan de imponérselo insistentemente al niño, no es por la felicidad de éste, sino por razones económicas, porque el juguete cuesta dinero, etc.

No ponga sus propias teorías en los juguetes que usted le regala a su niño. Rega-

larle una bandera roja, o taerle soldados, espadas y cañones es igualmente erróneo. Especialmente es injusto enseñarle deliberadamente que el matar puede ser en cualquier tiempo una acción sagrada y que está asociada al valor y al heroísmo. ¿Quién puede decir la parte que en la perpetuación de las guerras se debe a esta educación que glorifica la destrucción de la vida de otras gentes, en esta o aquella forma, y hasta qué punto los juguetes bélicos de una u otra clase han desempeñado siempre un papel importante?

Si vive usted en el campo ya el juguete no es un problema, quiero decir, dentro de un sistema racional de educación. En el campo el niño no está nunca ocioso. No hay un árbol, ni una rama, ni una hoja, ni un guiñarro, ni una mata, ni una corriente de agua, que no le sea útil al niño. Sí; el cielo y el sol toman parte en la fiesta. El lodo es un buen material de arquitectura. Subirse a un árbol es una gran aventura. La vida de los pájaros e insectos, observada directamente; en suma, el intereseo con la naturaleza es un libro más valioso que los de todas las librerías del mundo.

No espere que el niño permanezca limpio después de algunas horas de juego, pues lo mismo podría usted esperar de un albañil que estuviese limpio después de un día de trabajo. Y del mismo modo que un carpintero no lleva su traje de domingo durante su trabajo, su niño tampoco debe estar vestido de modo que el ensuciar sus ropas sea un sacrilegio. Obligarle a estar vestido de modo que no pueda moverse libremente, es un crimen. El no es un muñeco y le es indiferente el que su estúpida madre se avergüene de que su aun más estúpido vecino confunda los hábitos de trabajador del niño con una inclinación a la suciedad.

En cuanto a los peligros que rodean toda clase de experimentos y aventuras, incluso el trabajo—juego del niño, no hay por qué negarlos. Pero, mirando bien las cosas, hay mayor peligro en eliminar toda posibilidad de daño y el niño debe pagar el precio sin el cual no podría aprender nada. El debe llevar golpes. La misión de los padres es impedir toda seria ocasión de grave daño personal, lo que, después de todo, no es frecuente, como saben bien todos los expertos. La única manera de que el niño aprenda a librarse de accidentes es lidiando con ellos por sí mismo.

Todo niño sano es alborotador, no porque guste de molestar a los adultos, sino porque tiene que ser así. Ellos no pueden evitar el ruido. Antes de aplicarle ningún castigo a su niño o de regañarle severamente, deténgase un momento y medite. Ellos son niños; no

son tan viejos como usted; no pueden ser graves y mesurados, tienen que estar alegres y en movimiento. Y luego, calcule cuánto gana usted con su alegría, cuanto levanta ella su propio espíritu en circunstancias normales.

Nunca le enseñe usted al niño juegos que él no le haya pedido que le enseñe, o en los cuales usted no pueda volverse para él un verdadero y cordial compañero. Déjelo que invente los juegos; déjelo jugar irregularmente; deje que los otros niños le enseñen;

déjelo ser tan original como sea posible. Si usted le ve improvisar un juego que le parece a usted extraño o absurdo, o que no tiene sentido para usted, no intervenga. No debe usted nunca tratar de que su manera de jugar se ajuste a sus ideas sobre lo que debe ser el juego de un niño. Pero, en todo caso, lo principal es que se sientan felices. Las reglas suyas no son buenas para el niño. Si él las observa, ya no se siente como si estuviera jugando; son reglas de cabezas viejas con opiniones viejas.

La Alianza y la Liga

H. N. BRAILSFORD

(De "The New Republic")

Con un valor moral muy recomendable, la república de Alemania ha publicado la serie completa de los documentos oficiales de carácter diplomático y militar referentes a la matanza de un millón de armenios por los aliados turcos del viejo régimen.

La historia tendrá que consignar que todas las cabezas responsables del Imperio, desde la primera hasta la última, desde el Canciller hasta Hindenburg y Ludendorff, conocían perfectamente lo que estaba ocurriendo y no evitaron la matanza ni siquiera la frenaron. Si sólo tuviéramos que decir de ellos que permanecieron totalmente indiferentes, el caso no revestiría interés particular. Pero no fué así. Su Embajador en Constantinopla escribió sobre aquellos horribles sucesos, incluyendo todo el record de los jóvenes turcos, con verdadero horror, y suplicó que se hiciese algo inmediatamente. El oficial más alto que había en el lugar en aquel momento, el General bavierense Kress, invocó el fallo de la Historia contra su propio país si éste dejaba de parar la matanza. Y hasta encontramos que Hindenburg, soldado viejo y de pocos alcances mentales, telegrafió un ruego personal, «como cristiano», a Enver Pasha de que pusiese fin a la carnicería. Todas estas gestiones fracasaron. El primer impulso que sentimos al leer esta historia, es el de exclamar: "Muy bien; es de celebrarse, por lo que honra a nuestra común humanidad, que hubiese entre ellos algunos que enviasen estos telegramas evidentemente sinceros y alarmados; pero ¿por qué, al fallar las palabras, no tomaron ninguna medida

efectiva?" Si uno se hace esa pregunta de buena fe, la contestación no puede menos de ser instructiva y sorprendente. ¿Qué paso pudieron haber dado? Ellos estaban envueltos durante todo el tiempo, uno no debe olvidarlo, en una lucha de vida o muerte contra la Entente: los turcos eran sus aliados y defendían algunas posiciones, especialmente los Dardanelos, de las cuales podía depender toda la estrategia de la guerra. ¿Qué medios coercitivos podía Berlín usar? ¿Parar los subsidios? ¿Contener la corriente de municiones? ¿Retirar sus oficiales o aeroplanos? Indudablemente hacer cualquiera de estas cosas podía significar el riesgo de todo el porvenir de la guerra, al menos en el Este, y quizás la pérdida de toda esperanza en un resultado favorable.

Un moralista severo dirá, y, por supuesto, dirá bien desde el punto de vista puramente ético, que a toda costa los alemanes han debido poner término a estas matanzas, aun cuando ello significase la pérdida de la guerra. Pero juzgando del episodio como un estudiante de Historia comparada, muy bien se puede dudar de que un Gobierno, cualquiera que fuese, pudiera haber intervenido contra tales aliados eficazmente, o hubiera querido intervenir, al precio de una derrota parcial. Los turcos eran tan insolentes que en Baku llegaron hasta a saquear las casas de los súbditos alemanes, ante los ojos de los mismos oficiales alemanes de Estado Mayor, que protestaron en vano. El lector americano puede traer el juicio de una nación inocente para dilucidar este caso. Un inglés, si es honrado,

tiene que recordar que nosotros también fuimos en un tiempo aliados de los turcos y que Londres no sale mejor parado del relato de las atrocidades búlgaras cometidas en tiempo de Disraeli, que ha salido Berlín de este sangriento capítulo de los anales armenios. Yo tuve ocasión de atravesar una región de Macedonia cuando era todavía una provincia

damental ha dividido a las potencias en dos campos enemigos, nadie puede permitirse el ser muy escrupuloso con los propios aliados. En el febril esfuerzo para llegar al equilibrio de fuerzas, uno coge a sus aliados donde los encuentra y como quiera que los encuentre. Ellos significan sólo tantos cuerpos de ejército y su conducta no nos preocupa a menos

puede mezclarse en manera alguna con la mecánica de las antiguas dispensaciones. Hay prueba suficiente de que un control humano no puede establecerse sobre aliados que se dan cuenta muy claramente, con su astuto y semi-bárbaro realismo, de que París les cuenta las bayonetas pero no las virtudes. Los polacos repiten sus matanzas, perfectamente seguros de que la carnicería y persecución de los judíos no les ha de acarrear ni la pérdida de un solo tren de municiones. Ellos ocuparon el Este de Galicia y dedicaron el ejército de Haller a esta conquista, contra el mandato expreso de la Corte Suprema: luego se les permitió que se anexaran este territorio permanentemente en recompensa de su atrevimiento. Los rumanos en Hungría suministraron el más extraordinario ejemplo de contumacia. Ocuparon Budapest contra órdenes expresas de París: saquearon la ciudad de casa a casa con arreglo a un plan y se llevaron todas las máquinas de las fábricas y hasta los teléfonos de las casas, en tanto que por todos los caminos del país desfilaban los rebaños, las máquinas agrícolas y los vagones cargados de grano en un torrente continuo que iba a enriquecer a los invasores. Un cordón excluía las provisiones de la hambrienta ciudad; y las cárceles están llenas no sólo de líderes socialistas, sino hasta de meros liberales, en tanto que en las paredes se divisan por todas partes rótulos antisemitas que no dejan duda acerca de la política rumana en materia de censura. Por supuesto que la insistencia de Mr. Hoover ha dado lugar a la renuncia (por lo que se ve sólo provisional) del Archiduque Hapsburgo, pero en el momento en que escribo los rumanos todavía no han obedecido ni en un solo detalle las órdenes de París. ¿Por qué? La prensa semi-oficial francesa les informa diariamente que sus hazañas merecen su completa aprobación. Puede ser que ellos estén infringiendo la ética de la Liga, pero no han violado los cánones de la alianza militar. Además, sus servicios pueden necesitarse en alguna otra parte. Los alemanes y húngaros no son el único enemigo. El sistema militar francés está construido para dar cara a dos frentes y la guerra contra los rusos bolshevistas no ha terminado. En esta campaña se le ha asignado un papel a Rumania que todavía no ha desempeñado. No sería prudente, pues, refrenar prematuramente su celo. Pero no hay necesidad de agotar las pruebas en la tesis de que los aliados no pueden controlarse mutuamente. Al que lo dude todavía, que examine las crónicas de Denikin y del Supremo Señor de Omsk.

Y así seguirá siendo, en lo grande como en

lo pequeño, si la Liga de Naciones se erige a base de alianzas militares. En tanto que la república de Alemania y la Rusia Soviet permanezcan fuera de la Liga, en tanto que nosotros nos neguemos "a ser justos para con aquellos con quienes no quisiéramos ser justos"; en tanto que agravemos la antigua vendetta de razas con la nueva guerra de casta contra los Estados socialistas, la conciencia de la civilización seguirá impotente en los campos armados para imponer su control sobre pueblos aliados. A los débiles trataremos alguna vez de imponerles nuestro control, y, no sin escándalo, fracasaremos siempre. Cuanto a los fuertes, no hay que decir que escaparán hasta a la más débil tentativa de control. Nuestra ascendencia naval inglesa corresponderá en el mar a la hegemonía militar de los franceses en Europa, y no se llevará a cabo ningún esfuerzo serio jamás para someter el uso extremo del poder naval a la legislación de la Liga. Cuando nos acomode por virtud de un tratado impuesto reducir a Persia al status de un segundo Egipto, no habrá nadie que insista en que nos sometamos ni siquiera a la formalidad de recibir «un mandato». El precedente puede ser usado por otros. El control será imposible siempre porque estamos todavía viviendo en la atmósfera de la paz armada. Hemos multiplicado los peligros y creado espantajos. Hemos fabricado viciosamente el peligro del Saar, el peligro de Danzing, el peligro germano-bohemio, los peligros menores del unionismo austriaco, del irredentismo Tyrolés y Macedonio, y el gran peligro continental del comunismo, que tiene que pelcar porque nosotros no le hemos permitido en paz abrirse paso, desde su periodo experimental, hasta la moderación y la estabilidad. Contra todos estos peligros tenemos que tener aliados y las alianzas no toleran nunca restricciones morales. El peor efecto de ellas consiste en que, a causa de que el nexo mecánico de las garantías militares persuade al aliado de que está seguro contra toda eventualidad, los frenos de la prudencia corriente pierden toda eficacia para con él. La clase gobernante de Francia se cree que está dispensada en su política europea del deber de la moderación, porque los aliados americanos e ingleses están obligados mediante un tratado a mantener una guardia sobre el Rhin. Los aliados polacos, rumanos y checoslovacos están igualmente exentos de los dictados de la prudencia y de la conciliación, porque su aliada Francia retiene un ejército conscripto que es invencible tanto por sus unidades como por su probado valor. El hombre que crea que esta alianza, disfrazada de Liga de Naciones, puede realmente garantizar prác-

licas de tolerancia y justicia para con las minorías raciales que sacrificó en el Tratado por razones estratégicas, ha estudiado en vano la historia de las alianzas.

Duro se hace de creer que cualquier proceso gradual de revisión puede tener el efecto de corregir un sistema europeo basado en principios militaristas lógicamente aplicados. Por mi parte, yo espero para dentro de un tiempo no muy lejano, su caída inevitable bajo el aletazo de la necesidad y de la revolución. Puede uno ver claramente el curso fatal de un proceso histórico, y sin embargo luchar, antes que sea demasiado tarde, para hacer posible rectificaciones oportunas que puedan desviar el curso de los acontecimientos. Desde nuestro ángulo inglés de visión al bordo de este caos, los cambios que podrían quizás ser decisivos no parecen ser los mismos que han atraído la atención de los ame-

ricanos desde un ángulo de visión inevitablemente distinto. Si el obrerismo inglés y la izquierda liberal tuvieran el poder, que están muy lejos de tener, de enmendar el Tratado, he aquí, erco yo, tres materias fundamentales en que debieran fijarse principalmente. Hacer la paz al momento con Rusia. Admitir a Alemania sin un mes de demora a la Liga. Rechazar sin vacilación ni transacción el pacto de alianza de ingleses y americanos con Francia. Estos tres cambios en nuestra actual situación dejarían en pié todavía innumerables iniquidades para futuras rectificaciones; pero, de todos modos, serían lo único eficaz para hacer posible un proceso de control y revisión. Tales medidas terminarían con el estado moral de discordia que amenaza en Europa recoger la herencia del estalo legal de guerra. Con estas medidas, empezáramos a convertir una «Alianza en una Liga».

La matanza de niños como sport internacional

GEORGE BERNARD SHAW

El Juez Henry Neil me ha visitado en mi pueblo natal de Dublin. El está justamente avergonzado de la situación de los niños allí y me ruega que secunde su requerimiento a América para enviar no recuerdo cuantos miles de pares de zapatos y medias con destino a dichos niños.

Considero que esto es más sensato que enviarles pañuelos que hagan contraste con el espectáculo de los pies desnudos y los húmedos harapos. Pero mi consejo a América es que no envíe un solo centavo más a Irlanda, ni para zapatos ni para ninguna otra cosa.

Irlanda puede muy bien alimentar y vestir a sus niños, si así lo desca. Es un error suponer que está pobre, siendo lo cierto que es sólo una incorregible mendiga, lo que no es la misma cosa. Ella está siempre tratando de persuadir a uno de que, a excepeión de un rincón de Ulster, donde un puñado de sus más encarnizados enemigos construyen hareos y fabrican telas, no posee ni un solo centavo. No le crean ustedes. El comercio de la Irlanda católica del Sur, en mantequilla, ganado y productos agrícolas en general, representa mucho más dinero que los astilleros y fábricas de Belfast. La cooperación puede

desarrollar esta industria agrícola rápidamente, de una manera asombrosa, y en realidad lo está haciendo así. Irlanda puede suministrar un par de buenos zapatos y un par de cálidas medias de lana por semana a cada uno de sus niños. Si es una mala madre y prefiere que sus niños anden descalzos y hambrientos mientras ella se divierte en partidas de caza, regatas, carreras de caballo y, en general, toda la rutina de los sports de moda, yo no veo por qué América tenga que venir en su ayuda.

Verdad es que América hace la misma cosa, y aun peor. Yo no me olvido de los pobres esclavos pequeños de los molinos de algodón de Carolina, en bien de los cuales estoy dispuesto a implorar, no zapatos y medias, sino fuego del cielo; pero la moraleja de esto es que si América desea salvar a los niños de la pobreza y la esclavitud, sería mejor que atendiese a los de casa, sin suministrar otra demostración más, superflua por cierto, del hecho de que los ojos de un tonto están siempre en el otro extremo de la tierra.

Yo no deseo ver a los niños vestidos y alimentados por la mano de la Caridad. Que se les alimente por la mano de la Justicia.

Cuando un caballero irlandés con treinta pares de pantalones se queja de que todavía no se ha medido el trigésimo primero, yo invocaría a la justicia (citando a Shakespeare, como le cuadra mejor, naturalmente, a una justicia culta) para decir: "Nor shalt not, till necessity be served." (No lo tendrás, hasta que la necesidad no haya sido servida).

Las gentes no quieren nunca convencerse de que esta necesidad es una necesidad de la nación. Ellas creen que es sólo una necesidad del niño y que son los padres los que deben atender a ella, los cuales padres han sido a su vez sujetos en su juventud a tal estado de miseria que les incapacitó totalmente para cuidar de sí mismos, mucho menos de sus hijos.

La matanza de niños es un crimen internacional. Los ingleses matan a sus niños quince veces más rápidamente que la guerra mata hombres. Los alemanes hacen peor. Los italianos, peor todavía. Los antiguos rusos, peor que peor. Yo no sé exactamente el lugar que le corresponde a América en esta escala, pero el Juez Neil me ha revelado el hecho de que él estima que la bondad americana para los niños es peor que su abandono. Él no hace queja ninguna de esta clase contra Dublin. En Dublin tiene uno las cosas en su punto: harapos y pies desnudos. El Juez dice que es sólo el pie desnudo lo que asusta a un americano, pero yo soy de Dublin y no me asusto de piés desnudos. Si usted le da a una muchacha de campo irlandesa un par de buenos zapatos, ella los llevará en la mano millas y millas hasta la feria o mercado del pueblo, y entonces se los pondrá para lucirlos. Lo que me horrorizó hace poco, cuando di un paseo por los suburbios de Dublin, fué la cara emaciada de las muchachas, la mancha escarlata en sus mejillas, los labios rosados, el lento, fatigado, casi atáxico andar de estas jóvenes representantes de la horrosa carga de tuberculosis que pesa sobre Dublin. Esto no es resultado de los piés descalzos, sino de los piés húmedos dentro de los zapatos rotos y de la insalubre pobreza en general. Cuando la policía fué echada de las calles durante la semana larga de lucha que hubo para establecer la república de Irlanda en 1916, estas gentes se salieron de sus casas y comenzaron a robar en las tiendas tan naturalmente como sus vecinos a una milla o poco más de distancia recogen conchas en la playa de Sandymount. La civilización no significa nada para ellos: ellos nunca han sido civilizados. La propiedad no es nada para ellos: ellos no han tenido nunca nada. El cura vino y los dispersó como si hubieran sido moseas, pero tan pronto volvió él la espal-

da se amontonaron de nuevo como moseas. La civilización significa: "Respetar mi vida y lo que es mío y yo respetaré la tuya." La «suburbianación» significa: "Desprecia mi vida y lo que es mío y yo despreciaré la tuya."

Las dádivas de dinero no sirven de nada. Es como si las personas envueltas en un accidente de ferrocarril se ofrecieran las unas a las otras instrumentos de cirugía, hilas y vendajes, cuando ninguna de ellas sabe cómo usarlos. Si usted le da zapatos a un niño hambriento, él se los comerá (por mediación de la casa de empeño) y se quedará tan hambriento como antes una semana después. Y la persona que da el dinero o los zapatos, en lugar de sentirse bribón por presenciar indiferente la miseria del niño, se siente un santo porque ha hecho el papel de generoso salvador de melodrama.

Mientras no nos elevemos a un sentido del honor y la solidaridad social tan fuerte como nuestro sentido de la familia privada actual (y aún este sentido no es muy fuerte en muchos de nosotros), los niños seguirán escandalizando la conciencia social del Juez Neil. Yo no me opongo a que se exhiba a Irlanda como un pueblo de buen corazón, impulsivamente generoso, afectuoso, caballeroso, etc. Estoy harto ya (a diferencia de los niños) de estas protestas. Si los Estados Unidos, en vez de preguntarles a sus inmigrantes cosas bobas, como por ejemplo, lo de si son anarquistas y demás, (para estar segura de que además de anarquistas son redomados embusteros), practican en cada caso una inspección de las estadísticas de mortalidad infantil en el país o ciudad de donde procede el inmigrante y lo rechazaran despreciativamente en caso de que la proporción fuese tan infamemente alta como lo es en los suburbios de Dublin, esta práctica haría más para fijar la atención de los irlandeses en la vergüenza de su matanza anual de niños inocentes, que todos los zapatos que jamás se empeñaron en el mundo.

La caridad es solamente un vendaje venenoso puesto sobre una llaga maligna. Si somos suficientemente toseos, suficientemente idiotas para tolerar que exista una llaga tan fácil de remediar, el recurso único es el cuchillo. Y si el cuchillo no se aplica pronto, bien puede suceder que este cuchillo acabe por adquirir forma triangular y por resbalar en una estructura de madera sobre un lecho de Procrusto... Los niños que mueren de hambre siempre acaban por vengarse de un modo o de otro.

Dos grandes editoriales de actualidad

(De "The New Republic")

La gran huelga de acero

Si el líder obrero Mr. Fitzpatrick se hubiera negado a conferenciar con Mr. Gary (presidente del trust del acero) seguro es que de un extremo a otro del país se le habría acusado de perturbador e incendiario. Pero Mr. Gary puede negarse a conferenciar con los representantes de una parte considerable de sus trabajadores; él puede negarse al arbitraje, a consultar, a parlamentar y hasta a disentir; él puede repudiar secamente todos los métodos conocidos de arreglos pacíficos y, por lo que puede uno juzgar de la actitud de la Prensa, pocas son las voces que han surgido para acusarle de lo que verdaderamente es: un incitador a la violencia, un provocador a la guerra industrial, un bárbaro de la industria. Mr. Gary se ha hecho por sus actos recientes responsable de una enorme calamidad. Comunidades enteras quedarán desorganizadas, paralizadas industrialmente, la producción se interrumpirá, habrá daños, miserias indescriptibles, angustias, sólo porque él lo ha querido así. Calculando que las uniones obreras no sean bastante fuertes para triunfar esta vez, confiando en los enormes beneficios acumulados durante la guerra para imponerse, sabedor de que la organización de sus trabajadores es inmadura, ateniéndose a su control autocrático sobre los agentes de la autoridad pública en los distritos del acero, explotando el febril y aterrizado espíritu actual del público, él ha resuelto deliberadamente provocar la huelga ahora, porque cree que así podrá aplastar para siempre el unionismo de los trabajadores. El no ha dado un solo paso para evitar la huelga. El no ha realizado la menor gestión de paz. El le ha dado con la puerta en la cara a todos sus hombres. El no ha solicitado ninguna clase de desinteresada intervención. El no ha pedido al Gobierno que procure estabilizar la situación mientras se llega a un arreglo. El ha repartido fusiles, disuelto mítines y rehusado entrevistas. Ni siquiera ha solicitado de sus hombres que aguarden hasta que se debata el asunto en el seno del Congreso Industrial convocado por Mr. Wilson. El no desea que sus hombres aguarden. Si ha de hablar de tales asuntos en el Congreso Industrial, él prefiere que sea después que la huelga esté bien adelantada, completamente virulenta y, de acuerdo con sus esperanzas, derrotada. El necesita de esta huelga, y lo necesita ahora, porque cree que triunfará y gozará de

unos cuantos años más de poder absoluto en el manejo de esta industria. Después... ¡oh, Mr. Gary no se preocupa de lo que venga después!

Podría argüirse que los trabajadores han debido esperar hasta que se celebrase el Congreso Industrial. Habría sido mejor que hubieran esperado, sin duda, y hombres como Mr. Fitzpatrick y Mr. Gompers hubieran preferido esperar, pero ellos solos carecían del poder de esperar. Haciendo presión contra ellos, había una masa de hombres irritados que han sufrido bajo el régimen de la corporación del acero un sistema de opresión tal que ningún hombre libre puede tolerar. Véase el despacho publicado por el «New York Times» en Septiembre 21: "El disturbio más serio ocurrió en North Clairton, a 20 millas de Pittsburgh, en las horas de la tarde, cuando las tropas del Estado cayeron sobre una multitud de obreros unionados que celebraba un gran mitin y lo disolvió." ¿Puede nadie que esté en su juicio esperar de los obreros en estos lúgubres pueblos del acero que digan a sus líderes: "Vamos a probarle a Mr. Gary que somos más corteses caballeros que él. Vamos a esperar hasta que se celebre el Congreso Industrial de Casa Blanca, en el que con placer notamos que Mr. Gary representará al público?" Así y todo, hubiera sido posible inducirles a esperar, si Mr. Gary les hubiera pedido que esperasen, si el Presidente les hubiera asegurado que su asunto sería plenamente considerado por el Congreso. No habiendo nada de esto, Mr. Gompers y Mr. Fitzpatrick podrían haber repudiado a sus hombres y renunciado a seguirles dirigiendo. Esto habría ayudado a Mr. Gary a triunfar sobre la huelga, pero no habría ayudado a evitar la huelga. No es posible escapar a la conclusión de que un grupo de hombres extremadamente peligrosos, con Mr. Gary a la cabeza en calidad de líder, ha optado por la guerra porque cree que puede ganar. El criterio de estos hombres está claramente expresado en el «New York Times», ese su fiel agente periodístico: "Nosotros creemos que el sentimiento general de la comunidad es que, por graves que sean las consecuencias del conflicto, este solamente puede ser afrontado de un modo." Este modo es el provocarlo primero y después suprimirlo tan rudamente como sea posible.

El procedimiento es tan palmariamente indefensible que ha sido necesario toda una cortina de humo para disimular la manobra. Mr. Gary dió comienzo a las operacio-

nes tergiversando la solicitud de una conferencia que le hizo Mr. Fitzpatrick para hacerla aparecer como una demanda de «closed shop» (tienda, taller o campo cerrado a los trabajadores no unionados.—N. del T.). Pero sus agentes en la prensa no pararon ahí. Se informó al público seguidamente de que el promedio de los jornales era de \$ 6.23 por día. Claro que se presume que el público ignora que el promedio de jornales, si ha de incluir, como incluye, los sueldos de los altos empleados de administración y venta, es absolutamente engañoso. Con la misma facilidad se podría decir que el promedio del jornal de una barrendera, que gana \$ 10.00 por semana, y del Presidente de los Estados Unidos que gana \$ 1,442.00 por semana, es \$ 776.00. Después de arreglar tan admirablemente los números, los propagandistas pasan seguidamente a insinuar que los trabajadores del trust están nadando en la abundancia. Estos ricos extranjeros se preparan a pasar sus vacaciones en Maine y en los grandes hoteles de New York. En el «New York Tribune» de Septiembre 22 nos tropezamos con este sugestivo epígrafe: «Muchos hotelguistas preparándose para sus vacaciones de lujo aquí.» Y es esta misma próspera gente a quienes los periódicos presentan preparándose para invadir los grandes hoteles de New York, la que está pidiendo una conferencia para discutir la concesión de un día de descanso de los siete, y la abolición de las tandas de veinticuatro horas, y un aumento de jornales que les asegure un standard de vida propio de América. Luego se hace toda clase de esfuerzos para que se les considere como peligrosos elementos exóticos, gente sucia y oscura que no se ha americanizado todavía, aun en medio de las amables, sonrientes, bien gobernadas y espaciosas comunidades del distrito del acero. Finalmente, por supuesto, en las letras tituladas de los grandes diarios se les presenta como enpeñados «en llevarnos a la revolución social».

A la larga, el único resultado de este sistemático envenenamiento de la opinión pública, será destruir todo vestigio de esa confianza entre las clases sociales que se considere indispensable para una ordenada transición de la industria. Al apoyar a Mr. Gary, al publicar su propaganda, la Prensa se está convirtiendo en el exponente de una doctrina tan anacrónica como la del derecho divino de los reyes. Mr. Gary gobierna una industria que, en lo que respecta a concentración de poder, probablemente no tiene rival en el mundo. Por su control de la materia prima, por la ramificación de sus agencias, por su ilimitado capital, es una organi-

zación de negocios formidablemente agresiva y dominadora. Ella misma un ejemplo de lo que se puede lograr con la combinación, ella misma un monumento al hecho de que la antigua era de competencia entre plantas pequeñas y de relaciones personales entre el trabajador y el patrono ha pasado ya, la corporación del acero insiste hoy en que cada uno de sus trabajadores solo, sin ayuda, sin consejo, sin defensa, trate con ella sobre las condiciones de su trabajo. La corporación emplea dos veces el número de hombres que había en todo el ejército americano hace tres años. Dependientes de ella hay más seres humanos que en algunos de los más disputados territorios de Europa. La cuestión que se ventila es la de si estas gentes serán o no representadas en el Gobierno de la Industria de la cual dependen sus vidas. Tarde o temprano esa cuestión será resuelta y será resuelta a favor de la representación del trabajo. No bastará a impedirlo el concierto de aullidos. Un Gobierno basado en la participación y consentimiento de los gobernados no ha de seguir tolerando por siempre una descarada autoeracia en la industria. Mr. Gary no tiene poder para impedir esto. Los periódicos que le apoyan no tienen poder para impedir esto. Su solo poder consiste en demorar; ellos pueden muy bien repetir la insensatez de todos los autócratas que les precedieron en el camino del desastre. Pueden rechazar con desprecio los consejos de templanza. Pueden resistirse a todo plan de reformas moderadas. Pueden agarrarse históricamente a sus privilegios. Pero ya aprenderán que, no habiendo cedido nada cuando todavía era tiempo de ceder, tendrán que terminar cediéndolo todo. «Los infortunios de Francia—dijo Theodoro Roosevelt—durante un siglo y cuarto han sido todos debidos a la demencia que llevó a su pueblo a dividirse en dos campos de intransigente conservatismo y de intransigente radicalismo. Si la Francia pre-revolucionaria hubiera prestado oídos a hombres como Turgot, todo habría marchado bien. Pero los beneficiarios del privilegio, los reaccionarios borbones, los ultra-conservadores miopes derribaron a Turgot para advertir poco después que sólo habían logrado salir de éste para caer en Robespierre. Ellos lograron durante veinte años escapar a toda restricción y a toda tentativa de reforma, al precio del torbellino del terror rojo, y a su vez los desenfundados extremistas del terror provocaron una ciega reacción, y así, entre convulsiones y oscilaciones de un extremo a otro, con alternativas de violento radicalismo y de violento borbonismo, el pueblo francés quedó desgarrado y extenuado.»

del género que sea, ha sido consentido jamás en la industria. La corporación comenzó a destruir todo vestigio de unionismo obrero desde que Lenin era un niño. Nunca, ni por un momento, se ha desviado de la política de fierro y sangre contra la más ligera señal de organización obrera. La revolución rusa nada tiene que ver con ella, la convulsión de Europa nada tiene que ver con ella. La corporación del acero ocupa hoy el puesto que ocupó siempre. Está observando una política adoptada décadas antes de que se hubiese oído la primera palabra acerca del bolshevismo. Para Mr. Gary no hay ninguna diferencia entre Gompers y Foster, entre Fitzpatrick y Maywood, entre el finado John Mitchell y el más rojo de los radicales. No hay ninguna diferencia entre la «American Federation of Labor» y la «Industrial Workers of the World»; no hay ninguna diferencia entre las Uniones de oficios y las Uniones industriales, ninguna diferencia entre obreros conservadores y obreros radicales. Todo lo que tienda al contrato colectivo, él lo combatirá siempre a saugre y fuego. Este es su principio; él nunca tuvo otro; no tiene hoy ningún otro.

El le cambiará de traje, por supuesto, para ajustarlo a la moda del momento; él lo llamará «lucha contra el bolshevismo», si le ocurre que esa es una buena excusa, aunque no existe hoy un fabricante mayor de bolshevismo en América que él mismo. El lo designará como «una lucha entre el trabajador americano y el trabajador extranjero», si esta clase de vil jingoísmo es la más popular de momento, aunque nadie puede rivalizar con él como importador de trabajadores extranjeros. El lo designará como «una lucha en bien de la ley y del orden», aunque hay menos ley y más desorden oficial en el Oeste de Pensylvania que en cualquiera otra parte de los Estados Unidos. El lo bautizará con el nombre de «batalla por las instituciones americanas», aunque bajo su dirección la Declaración de Derechos en la Constitución ha sido anulada en el distrito del acero de Pensylvania. En una palabra; él usará el rótulo que le acomode; pero debajo de éste veremos correr siempre la misma línea de conducta: no tolerar el unionismo de los obreros en ninguna forma de este mundo.

Si recordamos correctamente, Mr. Gary recientemente unió su voz a la de aquellos que demandan que el Tratado sea ratificado sin reserva. Es ciertamente verdad que él ha gozado del apoyo unánime de los periódicos que demandan ratificación incondicional. En New York solo, él ha estado fervorosamente apoyado por el «Evening Post», el «World», el «Times»; todos ellos en favor del

Tratado como está. En el Senado, su actitud ha sido calurosamente aplaudida por ciertos senadores demócratas. La otra noche, en un banquete de cien prominentes hombres de negocios celebrado en el Ritz-Carlton, se le ovacionó por su rotunda negativa a discutir las cuestiones de la huelga ante la junta de arbitraje constituida por el Gobierno. Entre los concurrentes a dicho banquete, bueno es hacer constar que una mayoría de ellos se ha pronunciado en favor del Tratado tal como vino de París. ¿Alguno de estos estadistas, hombres de negocio, o periodistas han leído el Tratado, o se han olvidado del artículo 427, o estamos en lo cierto nosotros al considerar ese artículo, como tantas otras cosas resonantes del Tratado, como pura música celestial? Dicho artículo 427, bajo la denominación general de «Principios Generales», enumera entre otros el siguiente: «(2), el derecho de asociación para fines legales por los empleados de igual modo que por los patronos.»

La negativa de ese derecho a los empleados en la industria del acero es la cuestión planteada en la huelga. Concedido ese derecho, la huelga quedaría terminada. Nadie que defienda el Tratado y que no sea un redomado hipócrita puede dejar de condenar el Garyismo. Para aquellos que defienden éste, sólo hay una cosa de que echar mano, el libro de Foster, escrito hace años. Podría argüirse que si Foster todavía mantiene aquellas teorías y se propone llevarlas a la práctica, la huelga no obedecerá a fines legales. Mr. Gompers nos asegura que Foster ha abandonado aquellas teorías, del mismo modo que Mr. Wilson ha abandonado algunas de las suyas. Mr. Fitzpatrick es considerado como un sincero creyente en los métodos constitucionales. Pero quizás Mr. Foster no ha cambiado en realidad. En tal caso, el asunto podría arreglarse fácilmente. Mr. Gary sólo tendría que decir que él tratará con Mr. Gompers, pero no con Mr. Foster. Que anuncie su propósito de entenderse con el unionismo conservador. Si el libro de Mr. Foster es el verdadero obstáculo, y no un «camouflage» para disimular un exclusivo anti-unionismo, Foster puede ser eliminado. Ninguna persona en su sano juicio puede considerar a Mr. Gompers como revolucionario.

¿Por qué es que Mr. Gary no ha demandado la eliminación de Foster? ¿Por qué, si el «New York Times» cree que «no hay nada de más urgente necesidad en el mundo industrial que las uniones fuertes, leales y responsables», no se apresura a hacer campaña en favor de que se entablen negociaciones con los más fuertes, más leales y más responsables líderes de las uniones que hay tan a la

redacción del «Daily Herald» no obligado por tradiciones oficiales, son los que voy a relatar.

Nunca había estado en Dinamarca; pero seguramente que volveré. Pues allí encontré un pueblo culto, inteligente, feliz, y muy simpático. Y aprendí otra vez—y ya se sabe cuán útiles son las lecciones nuevas de los hechos viejos—que nuestro credo de internacionalismo ha sido confirmado por cada acto de viaje y justificado por cada incidente de intercambio libre entre los pueblos de distintos países.

El viaje, repito, fué oficial. Pero hay cosas que no pueden oficializarse y una de estas es la bondad. Donde quiera que fuimos por entre las islas danesas en nuestro yate, se nos salió a recibir con banderas desplegadas y con bandas de música oficial compuestas de caballeros de cámara, frac y rosa en el hojal. Nos saludaban los alcaldes, los empleados y los hombres de negocios. Pero por sobre todas estas impresiones, se destacaba la buena voluntad y la simpatía cordial de las gentes danesas de todas clases.

La causa de la amistad

¿Y por qué no? Siendo Dinamarca una gran productora de frutos escapó al hambre que nuestro bloqueo impuso a tantos de los pequeños países neutrales; así, no había motivo para mirarnos con rencor. Pero ¿cuál era la causa de la amistad? Pues esa sencilla causa elemental que solemos desdeñar y olvidar; el sencillo y elemental sentimiento de amistad entre un ser humano y otro, el sencillo y elemental espíritu de la hospitalidad. Porque los daneses, organizados y todo como están, son todavía gentes sencillas. Y la simplicidad a este respecto, y en casi todo otro respecto, significa franqueza y bondad también.

El «Daily Herald» no es de ningún modo desconocido en Dinamarca; pocos de los asuntos ingleses importantes son allí desconocidos. Por donde quiera se me llamaba «el bolsheviqui»—y aunque en Dinamarca tienen todavía más miedo del socialismo de Lenin que el que sienten los pazguatos en Inglaterra, al menos entre ellos la objeción a Lenin reviste un carácter serio y culto, no del todo grosero e ignorante como entre nosotros. Allí ni se oyen desatinos acerca de la nacionalización de las mujeres, ni los reparos al bolshevismo se basan en tales atrocidades. Ellos—los daneses—están demasiado cerca de Rusia para dar crédito a estas leyendas; pero, por lo mismo que están cerca, tienen mucho miedo de la influencia que pueda tener la revolución rusa en el derramamiento

de su peculiar organización, medio socialista, medio capitalista, de su comunidad; así, pues, la cuestión bolsheviqui está en los labios de todos, pero en un sentido político, no en forma de salpicadura de lodo.

Reforma social

Para el inglés que cree que solamente mediante un cambio completo en el sistema de la vida, comercio y política inglesa, puede lograrse llegar a una condición decente de la sociedad, Dinamarca presenta un problema único. Pues allí encontramos el viejo sistema de vida, y comercio y política, pero el viejo sistema vuelto tan bueno como es posible esperar de un mal sistema. Yo al principio quedé muy sorprendido de encontrar tan inactivo y soñoliento al partido social democrático, y dotado, sin embargo, de tal poder político y organización. Pero mi sorpresa se desvaneció pronto. Era que el Partido social-democrático, siendo como es un partido moderado de socialismo de Estado, por el estilo del de Alemania, ha alcanzado ya casi totalmente sus principales fines. Este partido es en nuestra fraseología un partido de «reformadores sociales». Y Dinamarca está reformada.

Los ferrocarriles son ferrocarriles del Estado; el puerto de Copenhagen es virtualmente una empresa del Estado. Los teléfonos—por cierto que tienen un magnífico sistema, tan extendido que no hay persona por pobre que sea que no goce de él—son teléfonos del Estado; la tierra está puesta al servicio de cien mil pequeños propietarios mediante títulos concedidos por el Estado; el pescador construye su casa del dinero que le facilita a préstamo el Estado, compra en la misma forma su lancha de pesca y en la misma forma el motor de gasolina para equiparla. Actualmente está en discusión en el Parlamento una ley para la división obliatoria de las grandes fincas agrícolas, a pesar de que de éstas hay quinientas mayores de quinientos acres, en tanto que de pequeñas propiedades, de un promedio de siete acres por finca, hay unas cien mil. Y lo que no hace el Estado lo hacen las sociedades cooperativas. Las cooperativas suministran el buey bueno para el arado, suministran las herramientas agrícolas, y después buscan mercado para la cosecha del pequeño agricultor.

El capitalismo sabio de Dinamarca

Políticamente, también Dinamarca está reformada. Tiene sufragio para todo adulto. Tiene elecciones cada cuatro años. Ha abolido toda forma de votación bajo el sistema de pluralidad y todo requisito de propiedad.

Su Cámara inferior es electa tan democráticamente como la superior. Y tiene un admirable sistema por virtud del cual una parte proporcional de las candidaturas se destina a los partidos políticos con arreglo al número de votos total que haya obtenido en las elecciones generales, y de esta manera le garantiza representación a cada criterio o punto de vista político que hubiera podido ser derrotado por un pequeño margen en cada localidad.

Los conservadores y capitalistas de Dinamarca no han adoptado nunca una actitud intransigente con respecto a estas cosas, pues han pensado, con muy buen sentido,

que al hacer estos «sacrificios» y «concesiones» tendían a salvar el sistema al amparo del cual viven. Han sido muy prudentes estos capitalistas. Más prudentes que otros que nosotros conocemos demasiado bien.

En Dinamarca, por consiguiente, los sindicalistas (o bolsheviquis, como no se les deja de llamar), que tienen toda su fuerza en los muelles de Copenhagen, tienen más alto grado de responsabilidad que tenemos nosotros en Inglaterra. Tienen que sacrificar un estándar social en el que no existe absoluta destitución, absoluta deshumanización, nada desesperadamente sórdido, a cambio de establecer la ciudad de sus sueños.

Los dos terrores. El Rojo y el Blanco

GEORGE LANSBURY

(Reproducido del "London Herald")

Un amigo muy bien conocido de los lectores de este periódico me ha enviado un extenso documento publicado en Lausanne por una sociedad que se designa a sí misma «Unión de las Mujeres rusas» y me manifiesta que las consideraciones políticas no deben cerrarme los ojos hasta el punto de ignorar los terribles cargos que contiene este documento contra el Gobierno Soviet de Rusia. No me puedo explicar cómo es que algunos de los lectores de este periódico no se hayan hecho cargo de mis opiniones personales, o de las opiniones de mis colegas, sobre estos asuntos.

Nosotros no estamos ciegos para dejar de ver que en Rusia se han cometido atropellos. Desgraciadamente, tales brutalidades no son peculiares a ningún lado. Todos los testimonios a mano prueban, más allá de toda sombra de duda, que las atrocidades «blancas» han excedido a cuanto haya podido atribuírse jamás a las Soviets (y no hay que olvidar, al considerar el punto, que los Gobiernos que combaten a la República Rusa gozan del poder de diseminar, y vienen diseminando, los más terribles cargos contra aquellos a quienes están tratando de destruir y que, por otra parte, achican, y las más de las veces ni mencionan, las atrocidades y crímenes perpetrados por sus amigos).

Nacionalización de las mujeres

En cuanto a la vieja historia de la nacionalización de las mujeres de que se hace eco este documento, nosotros hemos hablado no con uno, sino con docenas de testigos in-

sospechables de los asuntos rusos, y éstos, que no eran agentes bolsheviquis, ni siquiera profesan teorías bolshevistas, sino personas independientes, testigos neutrales, nos han declarado unánimemente que las mujeres y los niños están siendo tratados y cuidados hoy en Rusia mucho mejor que en ningún otro tiempo.

Pero, aun suponiendo que todas estas historias puestas en circulación fueran ciertas, ¿qué Gobierno, qué nación de Europa puede tirarle la primera piedra, bien a los bolsheviquis, o bien a cualquiera otra sección de Rusia? Tomemos el caso de las mujeres. Nuestros amigos parece que olvidan que la prostitución es un negocio autorizado, por licencia oficial, en la mayor parte de los países de Europa, reconocido y aprobado por los Gobiernos, por la iglesia y por la sociedad en general. En la India y en otros países, a donde Inglaterra envía misioneros para enseñar a la gente a vivir, en todo tiempo las autoridades se han preocupado—y dictado leyes al efecto—de proveer de mujeres nativas en buen estado de salud a los hombres blancos. Durante la guerra al ejército inglés se le suministró, y todavía se le suministra, todo el material profiláctico considerado necesario para despojar de peligro el intercurso sexual; y durante la guerra se permitió por el Departamento de la Guerra el establecimiento de casas de lenocinio para el uso de los soldados ingleses, y éstas fueron defendidas nada menos que por esa columna del protestantismo escocés que se llama «Ian Macpherson». En relación con esta materia, conviene eliminar de la mente nues-

tra conocida gazoñoería. Nosotros no podemos predicar o desaprobar lo que se dice que sucede en Rusia, mientras no hayamos limpiado nuestra propia casa. Nosotros no llegaremos jamás a una solución de la cuestión sexual, mientras no hayamos establecido un «standard» igual de moralidad para los dos sexos, y mientras no estemos preparados para ser tan rigoristas en nuestras denuncias de los pecados sexuales del hombre como de la mujer, y mientras no estemos dispuestos a considerar el cuerpo de una mujer de color tan sagrado como el de nuestras propias hermanas e hijas.

No todo en un lado

Cuanto a violencias y hechos sangrientos, bueno sería que los que muestran tal avidez por condenar a los revolueionarios y contra-revolueionarios, tratasen de ver las cosas con un poco de más claridad. El último rey de Portugal y su hijo fueron asesinados a sangre fría, sin embargo de lo cual la república fué reconocida. El ex-Rey Manuel ha estado residiendo con su madre en Inglaterra desde entonces. Hace poco sus amigos trataron de colocarlo otra vez en el trono de Portugal, apelando a las armas. Miles y miles de personas perdieron la vida en esta frustrada guerra civil. Sin embargo, todavía no he leído yo un solo anatema para aquel atentado, contra un Gobierno amigo a a nombre de un hombre que ha solicitado, y obtenido, refugio en este país. Al contrario, el ex-Rey Manuel y su consorte fueron huéspedes de honor el día en que celebramos la paz; éstos ex-rey y reina ocupaban un puesto de honor en el estrado que se alzó junto al Palaeio Buckingham, y cuando los soldados de la República de Portugal desfilaron por allí, su saludo fué recibido por el hijo del rey que el pueblo había depuesto. Estos hechos prueban que no es la revolución en sí misma lo que se desaprueta, sino solamente una forma particular de revolución la que en la mente de algunos aparece como reproble.

Estas cosas, sin embargo, son de poca monta. Hecnos aquí a nosotros, próximamente un año después de firmarse el armisticio, y no obstante éste, muchas naciones están pereciendo lentamente a causa del infame bloqueo. Los terrores «Rojos» y «Blancos» de Rusia no causaron nunca ni la décima parte de las torturas, miserias y muertes que, a nombre de la justicia, Inglaterra y sus aliados han venido infligiendo a los pueblos inocentes de la Europa Central. La guerra misma con todo su séquito de horrores no ocasionó tan tremendos sufrimientos como

los que viene ocasionando el lento martirio de hombres, mujeres y niños en los países que aun llamamos enemigos.

El hambre y la peste

En Rusia, a causa del estrangulamiento del bloqueo inglés, la miseria y la peste están triunfantes. Algunos periódicos escriben acerca de estas cosas con evidente satisfacción, pensando que por medio de estos terribles sufrimientos las Soviets serán derrocadas. Los pequeños países neutrales tales como Noruega, Suecia y Dinamarca que, movidos de una gran piedad, manifestaron deseos de enviar medicinas y provisiones, se vieron impedidos de enviar esta clase de socorros, y hasta los de la Cruz Roja, por la formidable escuadra inglesa. Los más importantes salvajes del mundo no se hubieran conducido de una manera tan brutalmente salvaje. Yo soy bastante viejo—y bastante tonto si ustedes quieren—para creer que Cristo trató de darnos a entender que él sentía lo que decía cuando empleó aquellas bellísimas palabras: «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer. Si tiene sed, dale de beber.» Yo no puedo sufrir a los que ven el mal por un solo lado. Si sólo nos diéramos cuenta todos alguna vez de que todos hemos pecado, ¡cuánto más sensato y más bello sería el mundo para todos!

Toda guerra es guerra civil

Si alguna vez el hombre ha de hallar paz, no puede ser otra clase de paz que aquella de que participen todos. Si alguna vez nos hemos de ver libres de violencias y atropellos, sólo será cuando todos y cada uno de nosotros nos resistamos a apelar a la violencia y el atropello para vengar nuestras injurias. Según lo veo yo, todo el mundo hoy está dedicado a la tarea de probar que es nuestro vecino el que tiene la culpa, no nosotros. Mi actitud en cuanto al uso de la fuerza es muy sencilla y muy clara. Yo no ayudaría a establecer el socialismo por la fuerza bruta, aunque se me diera la oportunidad. No es la aprobación de los métodos, ni siquiera del sistema de Gobierno de los bolshevikuis, lo que me hace ponerme al lado de aquellos que gritan «manos afuera en Rusia». Profeso la creencia de que las naciones, como los individuos, deben moldear sus propios destinos; no puedo jamás comprender que mi misión consista en ayudar al pueblo ruso poniéndome al lado de un régimen de hierro y sangre. Yo entiendo que mi misión en la vida es, primero, velar por mí mismo, para estar seguro de que no soy un egoísta vulgar, de que soy un verdadero

y sincero socialista que trata de establecer la gran comunidad social, y después ayudar en toda forma a mis semejantes en su camino hacia el ideal.

Para mí toda guerra es una guerra civil, toda lucha es fratricida, porque erco firmemente en la hermandad de los hombres. Por consiguiente, todas las guerras, bien sean las provocadas por el capitalismo, como las provocadas por los trabajadores, me son odiosas. De todos modos, es evidente que la humanidad tiene todavía un duro y amargo camino que recorrer antes de alcanzar la meta. Somos como niños que hacen su voluntad a despecho de ruegos y amonestaciones de parientes y tutores. Sin embargo, de un mo-

do u otro vamos marchando adelante; y de las tormentas y convulsiones del presente un orden más noble ha de surgir, refinado y purificado de toda la escoria que hoy nos ensucia. Debemos odiar lo inieuo, debemos odiar todo cuanto signifique daño; pero no debemos odiar jamás al hombre y a la mujer. Por muy difícil y dura que sea la tarea, contemplemos el futuro con mucho amor en los corazones, con un sincero anhelo de elevarnos por encima de las ruindades del presente hacia la verdadera meta de todos los esfuerzos humanos, que es el establecimiento del reino de la razón, no erigido sobre el dominio y la fuerza, sino sobre un pedestal im-percedero de igualdad, libertad y fraternidad.

El socialismo y el alto costo de la vida. Lo que un Gobierno obrero ha hecho en Kueensland, Australia

(Reproducido del "Glasgow Forward")

Algunos super-revolucionarios profesan un gran desdén para lo que se denomina «socialismo de Estado». Es cosa ésta—dicen—demasiado vieja ya. Sin embargo, si los más rojos extremistas que hay hoy en el mundo lograran el control a que aspiran, se encontrarían ante los mismos problemas prácticos que tuvo que afrontar el partido obrero de Queensland y en tal sentido el experimento hecho por este partido constituye una lección que no tiene desperdicio en estos tiempos. Después de todo, una onza de éxito práctico vale por una tonelada de teorías.

Cuando el Primer Ministro Ryan y sus colegas del partido obrero escalaron el poder en el estado de Queensland en 1915, se vieron precisados en seguida a arrostrar el tremendo problema de la reducción de los precios de los comestibles. Y saltando por encima de la rutina de establecer juntas para la fijación de precios, se fué al fondo de la cuestión inmediatamente, introduciendo un plan de competencia completamente suyo. El precio de la carne, a causa, principalmente, de las operaciones del «trust» americano de la carne en Australia, había alcanzado cifras elevadísimas. Los accionistas de este trust,

o bien disminuían la producción y así creaban escasez, o bien copaban el mercado e imponían un alza de precios. La carne que al principio de la guerra se vendía a doce centavos la libra, había doblado de precio en 1915 y aun amenazaba subir más.

El Gobierno de Ryan, dándose cuenta de que no podía tomar a su cargo de una vez todo el negocio de carne y así abaratar los precios, a causa del enorme desembolso que esto significaba, inauguró la práctica de abrir tiendas para la venta al por menor por cuenta del Estado y hasta que una tienda no lograba éxito no se abría la otra. La primera tienda se abrió en la ciudad de Brisbane, capital del Estado, en Noviembre de 1915, y su éxito fué instantáneo, pues la única dificultad con que tropezó fué la avalancha de compradores.

Advirtiéndolo el éxito de esta tienda, se levantó un clamor general en todos los rincones del Estado, solicitándose que el Gobierno estableciera más tiendas. Entre tanto, los vendedores privados habían hecho una combinación para abrir una tienda en la vecindad de la del Estado, con el objeto de har-

cerla quebrar vendiendo más barato, pero este plan fracasó miserablemente. El éxito de esta primera tienda y la demanda insistente para la apertura de otras indujo al Gobierno a pensar en extender el plan inmediatamente tanto como fuese posible de acuerdo con los dictados de la prudencia.

Hoy no hay menos de treinta y siete puestos de venta de carne administrados por el Gobierno y distribuidos en todo al estado de Queensland, especialmente en las grandes ciudades y pueblos.

En la fecha en que escribimos, estas tiendas están surtiendo de carne a veinte mil parroquianos diarios y calculando que cada familia de las surtidas se compone de cinco personas, se verá que hay por lo menos cien mil consumidores de la carne del Estado. Como la población no pasa de 670,000 habitantes, calcúlese cuanto ha de influir en Queensland esta hazaña del Gobierno Ryan. Aparte del beneficio directo para el consumidor, existe en este plan el beneficio indirecto para toda la población que se deriva del hecho de que el detallista privado se ve forzado a tratar a sus parroquianos con mucha más honradez que si no existieran tiendas similares del Gobierno.

Debe hacerse constar ante todo que el Gobierno Ryan no tuvo la menor intención de derivar beneficios del negocio, siendo su solo objeto el proporcionarle al pueblo carne barata. Sin embargo, a pesar de que gracias al plan del Gobierno la escala de precios bajo de un modo extraordinario, estas tiendas del Gobierno han realizado grandes ganancias que se destinarán a abrir nuevas tiendas. Durante el año de 1917—18—de Junio a Junio—se vendió en las tiendas del Gobierno por valor de 1,500,000 dólares de carne, y hubo un beneficio líquido de 115,000 dólares, en tanto que desde el comienzo del negocio hasta Junio de 1918 se ha realizado un beneficio líquido de unos 300,000 dólares.

Para dar idea de lo que el plan de puestos de carne por el Gobierno significa para el pueblo de Queensland, he aquí la lista oficial de algunos precios durante el año de 1919:

	Tiendas privadas	Tiendas del Gbno.
Solomillo . . . \$	0.20	\$ 0.13
Costillas escogidas	0.16	0.09
Costilla ordinaria	0.15	0.07
Filete	0.30	0.16
Rabadilla	0.26	0.15
Beefsteak	0.17	0.11

Salchichas	0.16	0.10
Carne picada . . .	0.13	0.08

Las tiendas de carne del Gobierno están organizadas bajo un sistema de ventas al contado que evita los grandes aumentos de precio a que se presta el sistema de crédito. Este ahorro se le devuelve al pueblo abaratándole la carne, gracias a que todo recargo se elimina.

Una palabra podría decirse también acerca de las rancherías de ganado que posee el Gobierno en relación con su negocio de carnicería. El Gobierno acabará por producir toda la carne requerida para el consumo local y la detallará en sus propias tiendas. Ahora está construyendo una cadena de ganaderías que se extiende por todo el Estado y emprende también el dedicar grandes áreas cerca de las estaciones terminales del ferrocarril para la ceba de ganado, plantas refrigeradoras y puestos de venta a lo largo del ferrocarril. El estado posee actualmente 18 ganaderías con un área de cerca de 15,000 millas cuadradas donde pastan 200,000 cabezas de ganado. Esta parte de la empresa fué establecida en Mayo de 1916 y el beneficio neto de ella era en Junio de 1918 unos 600,000 dólares.

Las ganaderías tienen una influencia importante en el negocio de expendio de carne. No hace mucho los dueños de ganado se dedicaban a su juego favorito de restringir la existencia y los precios alcanzaron un nivel altísimo en las tiendas privadas. Entonces fué que el Estado intervino trayendo ganado a las localidades afligidas por la combinación de los ganaderos privados, con el resultado de que los precios bajaron inmediatamente y que los ganaderos se vieron obligados a vender sus existencias para evitar pérdidas. En casos en que los precios se han comparado, la medida del Estado ha obligado el precio de la carne al por mayor a bajar desde 15 dólares por quintal hasta 11 dólares. Y así, además de la estabilidad de los mercados, la iniciativa del Gobierno ha tenido el efecto de enseñar a los Barones de la carne una lección no fácil de olvidar.

Tanto éxito ha tenido el plan del Gobierno, que los gobiernos anti-obreros de los otros Estados australianos están ahora gestionando cerca del de Queensland para obtener el ganado sobrante, a fin de que sus pueblos respectivos puedan tener el beneficio de la carne barata también. Y eso, a pesar de que estos Gobiernos hasta ahora han estado atacando acerbamente todos los planes socialistas del Gobierno Ryan, en el Estado de Queensland, Australia.